

Capítulo 64 - Callejón Sombrío - El Juego en el Carrusel: Una Película de Terror LitRPG

- [Capítulo 64 - Callejón Sombrío - El Juego en el Carrusel: Una Película de Terror LitRPG](#)

Capítulo 64 - Callejón Sombrío - El Juego en el Carrusel: Una Película de Terror LitRPG

Me preparé para mi último día como director. Porque seguramente sería ese el fin de mi trabajo. La Primera Sangre nos aguardaba. Estaba tan cerca que podía sentirla en la piel como electricidad estática. Con este enemigo, la muerte podía venir de cualquier parte.

Todo en mi mente giraba en torno a aquella persona que sabía que iba a morir ese día: Carlyle Geist.

Me sentí profundamente avergonzado por mi papel en su asesinato. También me invadía una sensación de pavor que no podía controlar. Necesitaba ser más fuerte que esto. Carlyle era tanto víctima como yo o cualquiera. En cierto modo, quizás había sido incluso más vulnerado. Al menos yo tenía una oportunidad de luchar. No me mantenían en la ignorancia (al menos no por completo).

La muerte de Carlyle era un recurso narrativo, ni siquiera un momento clave en la trama, aunque probablemente había sido Primera Sangre o algo muy cercano a ello.

Mientras seleccionaba las mejores vestimentas disponibles en el armario de mi personaje, me invadió una pregunta que odiaba formular: ¿tenía que morir Carlyle?

Deseaba poder tragar mis dudas y simplemente seguir adelante. Mi mente me decía que no podíamos salvarlo. Si Carlyle no moría, entonces no habría una fiesta en su honor en la Mansión Geist. Sin fiesta, no habría fuego.

Si la Quema de la Mansión era necesaria, Carlyle también debía morir.

Y sin embargo, sentía cómo cierta parte de mí lloraba por aquel hombre. No por la soledad brutal que experimenté al llorar a Anna y Camden. Era un dolor suave y tierno. A Carlyle le caía bien, y a él parecía agradarme también. Me recordaba a mi abuelo. Compartíamos la pasión por el cine. Ni siquiera me había dado cuenta de que tenía esa misma pasión por el cine. Pensaba que era solo un pasatiempo o un interés, pero al dirigir mi primera película, comprendí que era algo más.

Sentía culpa, consciente de que si su muerte era necesaria, la aprobaría. Y más aún, me aseguraría de que sucediera.

Soy capaz de esconder mis emociones en el bolsillo trasero mejor que nadie. Si debía morir, así sería.

—¿Estás seguro de esto? —preguntó Ramona mientras viajábamos en el asiento del copiloto hacia el estudio de cine.

—Sí —respondí.

—Solo que no sé si podré quedarme allí mientras esa cosa mata gente —dijo ella.

Había pensado en esto durante semanas. No entendía del todo qué era Ramona. Solo tenía conjeturas fundamentadas que conducían a diversas respuestas.

Afirmar que era una NPC sería correcto en cierto modo, pero también incorrecto. Suponer que realmente tenía libre albedrío, no significaba nada en un contexto en el que había nacido en el Carrusel; ella claramente era algo más. Incluso Silas Dyrkon la trataba de manera diferente.

Casi parecía una jugadora. Hablaba como una persona normal atrapada en una situación terrible, casi como los Geist, pero a diferencia de ellos, ella parecía tener un cartel de jugador en el fondo rojo del papel tapiz. Aunque no tuviera un arquetipo definido, en lo que respecta al Carrusel, todavía podría ser considerada una jugadora.

Eso, para mí, explicaba su trato en esta historia.

Sabía que los papeles en los argumentos se asignaban más por arquetipos que por otra cosa. La idea de que el Carrusel no le hubiera adjudicado un papel concreto podía deberse simplemente a que ella no tenía uno. La forma en que describía que podía salir de la trama si se alejaba demasiado, quizá solo significaba que, sin un papel definido, no estaba sujeta a nuestras reglas.

De todas formas, sabía que Primera Sangre representaba un riesgo para ella.

“Entiendo tus reservas,” dije. “Pero tenemos que entregarte a la Centennial. Si muero en Primera Sangre, y tú sigues en mi casa, puede que te den de baja porque la historia dejará de volver a ese lugar. Tienes que venir conmigo.”

“Lo entiendo. Lo que no comprendo es cómo puedes ser tan indiferente ante la posibilidad de morir,” dijo ella.

“La muerte no es agradable; prefiero no pasar por ella,” respondí. “¿Eso es mejor?”

“Ajá,” afirmó ella. “Es una reacción muy realista ante tu inminente destino.”

“Gracias, he estado trabajando en eso.”

Esa mañana conducía lentamente. No tenía prisa por llegar al trabajo.

“¿Estás segura de que no eres un PNJ?” preguntó ella. “Quizá el giro es que no eres real.”

Reí.

“No sería mucho de giro,” dije. “En mi vida real no hice mucho, así que puedo adoptar una historia falsa sin problema.”

Conducimos en silencio por unos cuantos cuadros. Luego ella retomó la conversación.

“¿Cómo es?”

La miré. En su rostro podía ver temor.

“¿Cómo qué?” pregunté. “¿Mi vida antes de Carousel?”

Ella negó con la cabeza. “La muerte.”

No fue tan terrible como estar a punto de morir, quise decir. Peor que solo resultar herido. Pensé en decirlo, pero mejor no.

“El dolor se pasa, y despierto en un teatro viendo a mis amigos,” expliqué. “Realmente, todo depende de cómo muera.”

Ella se echó a reír.

“¿Puedo ponerme delineador negro?” preguntó. “Hablar de muerte sin dramatismo es algo que solo hacían los chicos con delineador en mi infancia.”

Negué con la cabeza. “Creo que no me quedaría bien. Ni siquiera sé tocar la guitarra.”

“¡Bobby!” grité desde el otro lado del patio. Intenté hablar en voz alta, pero estaba tan concentrado en su grupo de perros que no me escuchó.

Tenía a todos con correa.

El Atlas de Carousel discutía cuán poderosos eran los tópicos de Fondo en los Murmullos. Estas ideas no eran simples detalles; modificaban toda la manera en que se representaba al Murmullo. En cierto modo, esto era limitante porque Bobby solo podía ser veterinario por su pasado.

La parte positiva era que realmente le gustaban esos perros. Era una terapia mediante la lengua canina y respondía muy bien. Esos perros también parecían amarlo, por cómo lo miraban y seguían sus órdenes con entusiasmo.

“Ahí estás,” dijo. “Sabía que eras director, pero no has estado aquí toda la semana que estuvimos preparando todo.”

“Todo quedó disperso,” respondí. “No he visto a Antoine, Cassie ni Isaac en un mes. Kimberly ha estado conmigo intermitentemente. No tengo idea de dónde está Dina. No he visto ni rastro de ella.”

“Esta es tan emocionante,” dijo. “Hacer una película. Me pregunto si realmente podrás dirigir algo—”

Dejó de hablar cuando miró a Ramona.

Rápidamente lanzó una mirada a Ramona y luego volvió a mí como si dijera: ¿Ves a la persona que está detrás de ti?

“Esta es Ramona Mercer,” expliqué. “Ramona, él es Bobby Gill. Resident Murmullo y veterinario.”

Bobby extendió una mano para estrechar la suya. Habría sido más normal si no tuviera una mano llena de correas. Ramona siguió el juego y le estrechó la mano.

“Mercer”, dijo él. “¿Por qué ese nombre me suena familiar?”

Bobby no estaba presente cuando conocimos a algunos de los Mercer.

Le di rápidamente una historia de fondo. Solo los puntos esenciales.

“Vaya”, exclamó él. “Ella no aparece en el papel tapiz rojo, excepto por ese marco dorado. Ni siquiera está en el guion que puedo ver. Es espeluznante.”

“¿Qué es lo que te da miedo?” preguntó ella.

Un poco, sí. Aún había un cincuenta por ciento de probabilidades de que ella fuera una infiltrada de Carousel o algo así.

“No puedo esperar a nuestra escena”, dijo Bobby. “Hemos estado practicándola durante mucho tiempo. Tengo mis pequeñas estrellas bien entrenadas. Son unas naturales, ya verás.”

El hecho de que los perros estuvieran controlados al menos en parte por el guion mitigaba un poco lo impresionado que estaba, pero aún así, eran perros adorables.

“Bobby, necesitamos hablar”, dije.

“Todo lo que puedas decirme, puedes decirlo frente a los perros”, respondió él entre risas.

Debe haber tenido una buena semana para estar de buen humor.

“Necesito hablar sobre Carlyle Geist”, dije.

“Oh”, dijo Bobby. “He oído que es un auténtico tacaño.”

Negué con la cabeza. “No, no lo es. Los NPCs inventan cosas. No es verdad. Él es un hombre bondadoso.”

“Entiendo”, respondió él. “Murió hoy, ¿verdad?”

“Sí”, afirmé. “Si tiene que hacerlo. Necesito que estés atento al guion. Si no es necesario que muera para el final verdadero, avísame.”

Parecía estar meditando lo que le decía.

“Bueno, ya sabemos que muere hoy”, dijo Bobby. “¿Cómo puede suceder la fiesta en la mansión si—”

‘Ya sé todo eso’, dije. ‘Te pido que lo vigiles. Si hay alguna posibilidad de que no tenga que morir, avísame. No me importa si tienes que salir de tu rol un poco. Dígamelo.’

“Vale, Riley”, respondió. “Mi tropos no me dan muy buen acceso al guion. A veces, las decisiones pasan rápido y las pierdo. La última vez que pude quedarme horas mirando esa parte del guion antes de tomar una decisión, no sé si podré verlo a tiempo hoy.”

Bobby podía ver el guion, pero solo unas pocas líneas a la vez. Los personajes secundarios tenían mejores tropos para leer guiones; él solo tenía un nivel básico. Aún así, necesitaba que lo intentara.

“Vigílalo”, dije. “Por favor.”

“Lo haré”, respondió.

Asentí.

Él asintió.

Ambos sabíamos que esperaba demasiado. No éramos héroes. No era ese tipo de historia con finales felices.

“Kimberly”, dije. “¿Estás lista para esto?”

“Listísima”, respondió ella.

Hablábamos del clímax de nuestra película, pero también de la primera sangre de la trama. Estaba tan cerca.

“Repasa los momentos clave”, sugerí.

Detrás de mí, Carlyle Geist observaba desde su carrito de golf. Estábamos en una parte del set llamada “Calle Aburrida” por el equipo. Era una réplica parcial de un vecindario construido con el único propósito de grabar escenas como la nuestra. Era grande, más grande de lo que cualquier

compañía de producción del mundo real construiría. Las casas eran mayormente huecas, y los jardines estaban intencionadamente llenos de bicicletas de niños, gnomos de jardín, aspersores y toda decoración suburbana que pude imaginar para vestir mi película.

Me invadió una extraña intención de encontrar pistolas de paintball por allí. Sería un lugar perfecto para ese tipo de diversión.

Carlyle necesitaba su carrito de golf. Las vacaciones lo habían agotado. Mucho senderismo y natación.

Debía creer que eso era intencional. Carousel lo había enviado a desgastarse. No podía ser controlado; solo podía ser colocado en el lugar correcto para morir a la hora señalada.

“Corro por el callejón,” dijo ella. “Luego él me arremete, me hace tropezar, me clava un cuchillo en la pierna. Yo levanto la mano y abro la verja para que los perros puedan salir y atacarlo mientras yo me arrastro cojeando.”

“¿Lo tienes?” dije. “Ahora, vamos a repetirlo en cámara lenta. Quiero verlo en el visor antes de empezar—”

Un fuerte estruendo detrás de mí me interrumpió. Me Volteé y vi que uno de los asistentes del jefe de utilería había soltado una caja grande, una caja de herramientas o algo así. Todos los tipos de cuchillos de utilería cayeron ruidosamente al suelo.

“Perdón,” dijo ella mientras recogía rápidamente todos los cuchillos.

Los accidentes comenzaban.

El Die Cast se acercaba.

Mi personaje no estaba enterado de eso, sin embargo.

Kimberly y el especialista en acrobacias que interpretaba al atacante enmascarado realizaban sus movimientos. Yo los observaba en el monitor y daba indicaciones.

No podía postergar más. Era hora de avanzar.

“¡Acción!” grité con energía.

Kimberly corría por un estrecho callejón entre altos cercados. Estaba asustada pero decidida. Cuando llegó al final del callejón, se encontró en el campo de visión de los perros de Bobby, que ladraban y gruñían desde detrás de una reja de alambre.

Se dio cuenta de que los perros debían haber estado ladrando a algo. Justo a tiempo, se desplazó hacia la derecha. El asesino salió de un callejón contiguo e intentó atraparla con una gran estocada, pero tropezó. Ella le dio una patada en la cara y miró hacia los grandes perros. Se le ocurrió una idea. Si lograba alcanzar la verja, estaría segura. Se acercó a ella, pero el asesino

levantó un cuchillo.

¡Espera un momento!

“¡Corten!” grité con la mayor urgencia y firmeza posible.

La acción se detuvo. Todos me miraban.

“¿Qué pasa?” dijo Carlyle. “Eso fue perfecto. ¡Perfecto en absoluto!”

Me levanté de la silla de director y crucé al set. Kimberly y el especialista en acrobacias aún estaban tendidos en el suelo.

Me agaché para tomar el cuchillo que sujetaba el hombre. Sentí el frío metal, apoyé mi dedo en la hoja y presioné.

“¡Es real!” grité. “Alguien mezcló accidentalmente el cuchillo de utilería con uno auténtico.”

La multitud espetó un suspiro de asombro.

“¿De verdad?”, gritó Carlyle. Se levantó de su carrito de golf y se acercó hasta donde yo estaba. Lo fui a recibir a mitad de camino. “Calma a los perros.”

Bobby ordenó: “Shhh,” y todos se quietaron.

Carlyle tomó el cuchillo y lo examinó cuidadosamente. Puso una mano en mi brazo para estabilizarse. “¡Barny!” gritó.

El jefe de utilería apareció rápidamente, como pudo.

“¿Cómo demonios ocurrió esto?” preguntó con un tono más calmado de lo que su rostro sugería.

“No lo sé,” respondí. “Envié a mi asistente con los cuchillos. Todos estaban en secciones etiquetadas.”

“Ella los dejó caer antes,” dije. “Debe haberse confundido. Solo tuve esa sensación instintiva.”

“Menos mal que lo hiciste,” dijo Carlyle. “Quizá tu abuela no sea la única con ese don.”

Había compartido con él mi pasado.

La verdad era que, en aquella época, los cuchillos reales sí tenían lugar en los sets de filmación. En primer plano, los cuchillos falsos se notaban claramente. Los de goma se tambaleaban al moverlos. Los retráctiles tenían una costura visible donde se ocultaba la hoja. Para ciertas escenas, se necesitaban armas auténticas. Solo hacía falta seguir un protocolo para mantenerlas separadas.

De lo contrario, podría ocurrir un accidente si la suerte no estuviera de nuestro lado.

Y sabía que estábamos a punto de tener una muy mala dosis de mala suerte.